



Educación para la vida y la muerte

MAR
Cortina Selva



La normalización de la enfermedad, el sufrimiento, las pérdidas y la muerte en la educación contribuye a la formación integral de la persona, la cual pretende el desarrollo de sus potencialidades y de proporcionar respuesta a sus dudas existenciales y personales. Por no poder eludir la certeza de un final desconocido, la muerte se erige como pregunta vital. El límite de la muerte cuestiona el sentido de toda la vida.

Estas reflexiones no son nuevas. La muerte ha sido, es y será un tema perenne sobre el que el hombre se ha cuestionado desde sus orígenes. Lo que sí pudiera ser nuevo es llevarlo al campo de la educación de una manera laica y normalizada en un momento sociohistórico donde se enaltece lo joven, el éxito y el confort y, en consecuencia, se rechaza la vejez, el sufrimiento y el morir. Cultivar solo una de las caras de la vida está teniendo resultados poco favorables para el ser humano y para el planeta que habita. Quizás, educar en la vida y en la muerte, pueda hacer una pequeña, pero importante, contribución a ese desequilibrio, considerando que el valor de una cultura se verifica en sus actitudes ante la vida y, como corolario, ante la muerte.

Si no la relegamos, encontramos la muerte en las actividades espontáneas e intereses naturales de los niños: juegos, curiosidades, preguntas, momentos significativos, etc. Citamos algunos de sus comentarios y conversaciones: "Mi abuelo vive en el cielo y mi abuela en Valladolid"; "¿Verdad que si te mueres y te pasan miles de años por encima te vuelves piedra fósil?"; "Creo que mi señorita se ha muerto porque hace mucho tiempo que no la veo", etc.

Si la educación es formación, poder hablar de la enfermedad, de las pérdidas y de la muerte

en las escuelas y en las familias es proveerles de una perspectiva más cierta e intensa de la vida, es dotarles de recursos existenciales para cuando suceden las "pequeñas muertes": divorcios, cambios de domicilio, ciudad o país, fallo de la salud, decepción amorosa, fracaso escolar, etc. Se trata de normalizar, es decir, facilitar el espacio para que los alumnos se expresen en momentos de sufrimiento, dolor o fracaso. Con respeto y cuidado, con sinceridad y honestidad permitiendo la expresión y el hecho de compartirlo, les garantiza un espacio cálido y seguro para que elabore lo sucedido según su madurez sintiéndose acompañado. Desde esta perspectiva ante los diferentes comentarios de los niños intentaremos no evadir, ignorar, censurar ni descalificar cualquier manifestación emocional, existencial o trascendental del niño.

Cualquier situación es más llevadera para el niño si sabe lo que está pasando y no tiene que recurrir a su imaginación y fantasía para deducirlo. No saber le hace sentirse inseguro y fuera de juego. "¿Por qué no cuentan conmigo? ¿Qué está pasando?..." Mientras estas cábalas circulan por su cabeza, los adultos van tomando sus propias decisiones, ignorando qué puede estar sintiendo y sin contar con él. "Es

Si la educación es formación, poder hablar de la enfermedad y de la muerte en las escuelas es proveerles de una perspectiva más cierta e intensa de la vida

La vida es un recorrido lleno de alegrías y llantos, de expectativas no cumplidas, a las que más tarde o más temprano cualquiera debe enfrentarse

mejor que no le digamos nada para que no sufra", o sentencias similares esconden el egoísmo y la autoprotección de los adultos por la dificultad que presuponen de tener que explicarle una situación de sufrimiento, separación, enfermedad o muerte.

Tanto peor que ese silencio que oculta, son las mentiras que les contamos para hacer del mundo un lugar amigable y hacer de la vida un recorrido apacible y sin problemas. El mundo a veces es así y a veces es tremendamente injusto y sin sentido; la vida es un recorrido lleno de alegrías y también de llantos, ausencias, fracasos, expectativas no cumplidas, etc. a las que más tarde o más temprano cualquier persona va a tener que enfrentarse.

La educación para la muerte presenta la ventaja de conducir a la persona a asumir sus propias limitaciones. Es una disciplina que se asienta en la doble necesidad profunda y perenne del ser humano de superar sus miedos y de crecer interiormente.

En el momento histórico que vivimos se ha llegado a situaciones muy extremas de desigualdad y violencia. Aprovechemos este aparente desmoronamiento para lanzar propuestas y acciones que reedifiquen este mundo desde otras bases: El respeto, el amor y el compromiso. Una de esas propuestas es no desterrar el sufrimiento, las pérdidas y la muerte de las escuelas ni de la sociedad, darles el espacio digno que se merecen como condicionantes de nuestra vida para enriquecernos y fortalecernos moralmente, para no sentirnos solos y desorientados, para adquirir una solidez intelectual, vital y emocional que nos permita afrontar retos, desafíos, desengaños, pérdidas... para mantener siempre ese espíritu crítico, indagador y buscador que tienen los niños.

El tema de la muerte y los niños será la temática que abordará en la conferencia *Mamá y papá están tristes. ¿Cómo podemos comunicar la muerte de un ser querido a los niños* que tendrá lugar el día 7 de mayo a las 18.00 horas en el instituto Francesc Ribalta. Esta acción formativa y de sensibilización forma parte de la 9ª edición del ciclo de conferencias de psicología y desastres organizado por el Observatorio Psicosocial de Recursos en Situaciones de Desastres (OPSIDE) de la Oficina de Cooperación al Desarrollo y Solidaridad de la Universitat Jaume I. Animo al lector a participar en la misma enviando un correo electrónico a opside@uji.es. ■

*Psicopedagoga. Colaboradora del Observatorio Psicosocial de Recursos en Situaciones de Desastre (OPSIDE)

